

Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

La dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscritos por sus redactores o colaboradores.

DIRECTORES

Juan Bayetto
Por la Facultad

Horacio B. Ferro
Por el Centro de Estudiantes

Juan José Guaresti (h.)
Por el Colegio de Graduados

SECRETARIO DE REDACCION

Carlos E. Daverio

REDACTORES

Andrés Devoto
José Rodríguez Tarditi
Por el Colegio de Graduados

Vito N. Petrera
Silvio Pascale
Por la Facultad

José D. Mestorino
Emilio Bava Giachetti
Por el Centro de Estudiantes

AÑO XXI

JULIO DE 1933

SERIE II, Nº 144

DIRECCION Y ADMINISTRACION
CALLE CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

Información universitaria

Jorge Cabral.
Falleció el 18 de julio
de 1933

La noticia, envuelta en tristeza, se adentró por las puertas de nuestra Facultad, siguió el camino que el Dr. Cabral, un poco encorvado, con paso lento siempre, inclinada hacia abajo la mirada, liturgia de todos los caminos de sus cátedras, y recogidas las manos sobre la cartera que guardaba los apuntes de su clase, tantos días recorriera.

Y al llegar al aula mayor sorprendió todavía el eco de su última palabra, cálida, como todas las suyas y subrayada por el ademán, breve, con que cerraba una exposición nutrida de enseñanzas.

Y todos, como en el verso del poeta, sentimos recogerse el corazón dolorosamente, porque era profesor y amigo quien se iba.

En 1902 egresaba de la Facultad de Filosofía y Letras doctorado en humanidades y su interés intelectual por las más diversas disciplinas mentales cuajó pronto en una dirección única: la historia y dentro de la historia, la del arte. Y siguió su vocación, que era la belleza.

Porque en su temperamento llevaba como una fuerza trascendente para sus pensamientos, para sus ideas, para sus estudios, tuvo que llegar necesariamente hasta la cátedra y la tribuna.

Solía encaminarse a ellas siempre recogido, como sobre sí mismo, tendía luego la mirada sobre el público, necesitaba ver el interés de los ojos convergentes hacia él, sencilla concesión de su modestia, y luego abandonaba al auditorio. Quienes fueron sus alumnos recordarán siempre sus ojos elevados sobre la última grada del aula, fijos en un punto y como si en él fuera clavando una a una las palabras que pronunciara y aún, cuando olvidado el plan, se abandonaba a un argumento circunstancial o al sentimiento, que creaba una oratoria de mérito indudable y de belleza, seguía allí su vista y ni aún el gesto y el tono eran para quienes le escuchaban.

Sorprendía por eso su mímica. No era para el auditorio, era para él mismo. Recorrida una página de la historia, sentida toda la belleza de una gesta, la hacía vivir en sus palabras, viviéndola él mismo.

Por eso era eficaz, atraía y gustaba el escucharlo. No era difícil que el sentimiento acompañara pronto a la inteligencia

y fueran paralelos siguiendo su palabra. Esa condición tuvo también sobre sus discípulos otro mérito, subjetivo, si se quiere.

Quien conoce la idiosincrasia del estudiantado no es difícil afirmar que para ciertas materias muestra, en general, un entusiasmo relativo, entre ellas está la historia. El Dr. Cabral supo ser un profesor de historia que hacía gustar de la historia y despertaba el interés por la materia, trocando indiferencia en simpatía, convirtiendo simpatía en frecuentación.

De su decidida vocación para el magisterio hablan sus cátedras, y su vida sencilla y austera refrenda su condición de maestro.

No era un investigador de lo que secreto aún conserva entre sus días la historia; los caminos de lo desconocido los recorrió bien pocas veces. Más frecuentó lo conocido integrándolo con una forma personalísima de exposición. Sus comentarios sobre arte, música o pintura, aparecen siempre dentro de un horizonte vastísimo, el de su cultura. Escribía como en un pentagrama donde las palabras sabían hacerse melodías. Pocos como el Dr. Cabral han sabido convertir en sus comentarios, la emoción estética de una obra musical o plástica, en una emoción de estética literaria.

Pero no coordinó su labor escrita. El libro sólo recogió el fruto de su trabajo en pocas oportunidades, y la monografía, ya más frecuente, no es, sin embargo, discriminante de su valía intelectual.

Es la última lección que nos brinda su muerte prematura.

Algo más de su espíritu. Pláceme reconocer que en él cumpliéndose aquella afirmación de Kant: "En quien está interesado directamente en la belleza de la natura, hay razón para sospechar, por lo menos, una disposición para un buen sentimiento moral". Lo recuerdo porque estaría incompleta esta evocación de su figura si no hablara de su actuación como miembro de los cuerpos directivos de nuestra Universidad.

Así como sintió la belleza de las cosas, sintió también la belleza, basta pero latente, que se anida en el alma de la juventud y que tiene su forma en generosos ideales. Por eso supo ser junto a movimientos estudiantiles que llevaban marcado ese ello, mentor y censor, pero siempre guiado, en el juicio positivo o en el reproche, por la justicia, no ya ciega, sino vigilante.

Consejero y vicedecano luego de la Facultad de Filosofía y Letras, miembro del Consejo Superior de la Universidad, siempre estuvo con su palabra al lado de quienes eran el objeto y fin de sus afanes: los universitarios.

Por eso en el Dr. Cabral tan amigo de la poesía, que es belleza, se cumplirá este oráculo de Campbell:

*To live in hearts we leave behind
Is not to die.*

La REVISTA DE CIENCIAS ECONOMICAS que se honró con la publicación de más de un enjundioso trabajo suyo, deja escrito este compromiso para honrarlo.

J. D. M.